

Autor: Juan Manuel Pineda Albadalejo. CARTAGENA (Murcia)

LA ÚLTIMA PÁGINA

Casatilly
Relato Corto



I CERTAMEN DE RELATOS CORTOS "BENÉMÉRITA GUARDIA CIVIL"
Memorial Víctimas del Terrorismo

“CUÁNTA belleza encierran las vidas de quienes el honor es su divisa, y qué frágil es el destino al contemplar el paso del tiempo. No hay mayor virtud que la honra por el otro, por aquél que despierta cada mañana bajo el seguro manto de la velada vigilia. Mientras éstos caminan a su destino, reflexionan con agradecimiento y asombro por la gracia que ello supone, sin otro deseo de devolver al mundo lo que altruistamente se ha recibido. Como buenos nacidos, saldan a su paso cualquier contrariedad que sea de estricta guarda de su deber. La bienhechora moralidad es la base principal de su existencia, y se les distingue por su lealtad, sacrificio, austeridad, disciplina, abnegación, y el orgullo con que visten su uniforme. Estos hombres y mujeres son el reflejo de la mismísima historia de España. Nada se les regala que no sea la invitación a una decidida vida de entrega.”

El eco de estos vocablos, escritos por mi padre al entrar en el Colegio de Guardias Jóvenes, y aún siendo un “polilla”, siguen latentes en lo más íntimo de mí, aquella mujer que nació en los albores de los años sesenta, la pequeña de tres hermanos. Crecí ante la presencia y el devenir entre hombres que cada ocaso reflejaban en sus rostros un gesto singular mientras se arriaba su bandera. Desde el atisbo de las miradas al regreso de sus faenas profesionales, hasta la tutela de sus proles por enrededor de los patios, fueron la dote que curtió mi personalidad, mi temperamento, ese unitario examen de la vida hacia la defensa del ordenamiento y la protección del libre ejercicio de los derechos y libertades; en suma, la garantía de la seguridad que cualquier ser humano hubiera deseado. Éramos una gran familia que compartía dichas y cuidados, lealtad y asistencia, honor y oblación. Todos bajo un mismo amparo al atravesar una tablilla de treinta y dos pulgadas de largo por veinticuatro de ancho del pórtico, donde estricta y ordenada desde mitad del siglo XIX, rezaba: “Casa Cuartel de la Guardia Civil”.

Me sentí dichosa, bien merecida de deferir aquel espacio convertido en ágape de emociones y correspondencia mutua; lugar en el que se respiraba virtud al contemplar ese verde uniforme que, cada amanecer, con un respeto sin igual, se alisaba a mi padre antes de su incorporación al trabajo. Al cumplir mis ocho junios tuve como dádiva un libro con páginas en blanco. A sabiendas de mi gusto por la escritura, fue mi progenitor el que optó por el indiviso presente, dejando en las frágiles manos abiertos los portones de la imaginación y del deseo, la íntima propuesta hacia la reflexión de mi impar vida. A tal edad, ante el niveo papel, mil aspiraciones e ideas se cruzaban por la mente de una niña queriendo abarcar los prometidos renglones de su infancia. Y así, sería el destino el que deparara un acontecimiento vital para abordar su redacción. Llegada la tarde de un siete de junio de mil novecientos sesenta y ocho, como un gélido céfiro, corrió la noticia de la caída de un joven guardia civil, Antonio Pardinez, gallego, de veinticinco años, asesinado en acto de servicio. Aún recuerdo ese inefable y profundo rictus de mi padre desde el ventanal de su habitación hacia la lejanía. Sus ojos brillaban resistiéndose a la tristeza que le embargaba, y a su vez, esto parecía eruirle aún

más en su pose. Fue un corto pero eterno silencio quebrado con una frase que hoy la alcanzo a comprender en toda su dimensión: “La Guardia Civil muere, pero no se rinde”. Y cogiendo su acharolado tricornio, marchó a una reunión urgente con todos los compañeros de aquel cuartel. Fueron estas palabras las que ocuparon la primera línea que escribí, sirviendo como prólogo y síntesis de ésta, mi más pura intimidad reflejada en unos pliegos.

Del primer garabato con tachón y cortesía, hasta el deleite del fluir esa femineidad rica en emociones y contrastes. Cada lapso acompañaba consigo su complacencia y su perdón por los errores, así como el hambre al desafío del crecer y experimentar. Avivada por la brisa que adulaba a la enseña, escasa ciencia y más ingenuidad, a poco que levantara los ojos captaba el instante No era necesario que los maridos contasen a sus esposas el devenir laboral. Con sus transpiradas saharianas, ya cada uno traía en sus retinas escrita la dura jornada que desafiaban, y que con un pacto de silencio no trascendía más allá del zaguán de su escalera. Así debía ser, y así era. No existían doñas ni señoritas de especial calado por mimetismo jerárquico, y aún menos impensable una actitud solipcista allí donde las cortesías y apretones olían al mismo uniforme en sus metros cuadrados de savia. Cada casa cuartel era una gran cuna, una comunidad a modo de puchero donde podías encontrar desde un colegio hasta una carpintería con los justos chícharos. El perfecto encuadre de sus garitas aspilleradas dejaban entrever unos ojos prestos al recaudo y a la salvaguarda de la convivencia de esa única casa, a la que algunos asiduos llamaban en caló “la quer de las veintisietes letras”.

¿Existía el vocablo, aparte del comandante del puesto entre mentideros y pasillos, que entonara estrofas de vivencias y realidades descritas? Sí. Mis manos y un lápiz de carbón como privilegio. Gran erario de novedades con promesa de mejor caudal, y como único objetivo de aprovechar el tiempo y ser digna del Cuerpo, tanto del mío como el de la Institución. Y es por ello que fui trazando cada instante que se respiraba, cada gesto, cada júbilo y desventura que aconteció a lo largo de mi existencia. Entre reversos, dediqué como viva memoria dos páginas por virtud aprendida, una por lugares conocidos, y apenas media cuartilla a cada desdicha que, de forma trágica, escribía un renglón más de martirio a tan digna entidad. Los múltiples destinos y sus moradas me regalaron las brisas oceánicas donde gruñía el bravío piélagos en el norte y noreste, hasta la acogida y el fervor de la gente del sur y del este de nuestra España. Porque fuera en la península, islas, peñones o ultramar, allí había un benemérito agente entregado a su servicio, y con él, una parentela confiada y serena bajo el amparo de la “pequeñica”, nuestra patrona, la gran Virgen del Pilar. Aún bajo fina lluvia, cierzo, levante, o temporal de nieve, su socorro obligado se mantenía alerta día y noche, presto, decidido, y con la inmediatez necesaria de quiénes por experiencia bien conocen el valor trascendente de cada segundo. Donde la mirada se dirigiera estaban ellos, por tierra, por mar y aire. Es así, que compartí el sabor de aquellas gentes con el mismo acato y admiración con el que contemplaban, dignas de

encomio y respeto, a la Benemérita a su paso por caminos y aldeas, siempre bajo el mismo cielo. No habría mes que no se socorriera a algún pescador, a alguna familia en apuros, que no se sofocara alguna reyerta, o se salvara una vida a expensas del valor decidido de quienes exponían las suyas en su empeño. Aprendí de cada tierra su idioma como muestra de solidaridad y apego mutuo. Compartí sus costumbres y usanzas, respetando cada tradición como embajadora de los valores heredados. Ello me sirvió de madurez y sentido por el devenir de la familia, de itinerante y sostenida vocación, fiel a los designios de esta insigne carrera. Con todo, llegada la queda oscura, dedicaba a su vez esa cuartilla al triste estipendio del arrebatado de otra vida, de otro guardia, de otra familia, que como la mía, tendría en ese instante constreñido el alma por el desmán de tal diezmo. La sinrazón del acto violento emerge de una existencia vacía sin otro culto que una vida lóbrega y demente. A cambio, ¿qué impulsaba a un hombre o mujer a dar su vida por el cumplimiento del deber? ¿Cuál el precio a tan alta estima de virtudes y valores? ¡Qué de cierto aquello de que no hay amor más grande que el que da su vida por el otro! Esto, lo hice subrayar porque la respuesta es y será un misterio que acompaña a cada agente en sus desvelos, siempre en pareja, siempre a la par.

No estaban precisamente los bolsillos de un guardia civil sobrados de reales, y menos en las gavetas de mi casa. La justa soldada para vivir y no hacer ruido era la usanza, ahuyentando así los malos vicios sin revelar su presencia al manilargo de turno. El esfuerzo familiar para pagar mis estudios universitarios fue estoico, y durante esos años sumó a lo aprendido en mi pubertad. Al acabar la carrera universitaria de Medicina, fui llamada en mis adentros a servir sin denuedo en esta gran Institución a la que le debía mi vocación y mis pensamientos. Desde mi ingreso y hasta unos años más tarde, se forjaron los densos cimientos de la belleza que emergen del íntimo lugar, ese que nos eleva e impulsa al sentir existencial, al conocimiento de mi misma, a la espontaneidad y a la congruencia, a la compasión y ternura al saberme partícipe de un drama mayor, subordinando mi propia vida y bienestar por los demás. Esa aceptación de mi misión en el mundo fueron la motivación y fuerza para alzarme en un orto de mi tierra, o bajo el luminoso cielo de Diwaniya, Latifiya, Casablanca o Haití. Desde el corazón y con mis manos he atendido presta a las heridas y salud de cada cuerpo, a sabiendas de que algún mezuquino francotirador o cualquier transeúnte que cruzara a nuestro paso con una vacua sonrisa, pudiera cercenar de un tiro toda esta historia sin mediar expresión. Esa fue y es la dramática paradoja del día a día. Aún recuerdo los rescates sin parangón de cientos de personas de toda clase y edad, en sus tejados después de unas graves inundaciones, y a su vez, recibir la noticia del crimen cometido hacia otro compañero no a mucha distancia de esa ciudad. Otros, caídos en el rescate en alta montaña, y al tiempo ver las criaturas en brazos de heroicos vecinos tras un atentado en alguna casa cuartel. Salpicados sus rostros con la púrpura sangre, allá donde el adiós dolorido alcanza, mentaban con la certeza de que el mismísimo Dios le había devuelto a la vida y llevado a la luz. Más tarde, en otro término se rescataban a camioneros y

mujeres tras accidentes de tráfico, ancianas en incendios, embarazadas inmigrantes en sus pateras, reanimaciones cardiopulmonares de niños muy pequeños, asistencia a partos en lugares recónditos de cualquier geografía. Así, una sempiterna lista de servicios que dan fe de la honra que les unge.

Y sin cambiar el grafito que mengua con su uso, ya son muchos los años que con sombríos ojos hube de garabatear esas debidas cuartillas de mi diario, por aquella promesa a cada agente inmolado. La ausencia no es olvido, y entre regiones escritos constan los dictados de Villabona, Azpeitia, Beasain, Bilbao, Pasaia, Mondragón, Gernika, San Sebastián, Oñate, Zarautz, Ordizia, Barakaldo, Legazpi, Tolosa, Aduna, Pamplona, Elgoibar, Lekeitio, Getxo, Urretxu, Vitoria, Llodio, Irún, Andoain, Deba, Madrid, Eibar, Sondika, Portugalete, Alsasua, Elorrio, Ispaster, Rentería, Goizueta, Orio, Logroño, Markina, Salvatierra, Ibarra, Basauri, Lemoa, Lezo, Santurtze, Munguía, Portugalete, Elburgo, Elgoibar, Lasarte-Oria, Aretxabaleta, Oyarzun, Barcelona, Plasencia de las Armas, Zaragoza, Durango, Estella-Lizarra, Lumbier, Ortuella, Vic, Trapagaran, Galdakano, Lliçá D'Amunt, Zierbena, Sallent de Gállego, Leitza, Capbreton, Legutiano, y Calviá. El nombre y el lugar, la fecha y sus familias..., aquí están, *in memoriam*, los doscientos cuarenta y cinco guardias civiles, que como aquél primer joven, fueron víctimas en acto de servicio por causas del vacuo, absurdo y fanático terrorismo. En todos estos lugares ha quedado al menos un cuerpo arrojado en sus caminos, una gota de sangre derramada en sus aceras. Pero el alma es inmortal, y el espíritu de cada guardia civil ha permanecido perenne en ese tabernáculo venerado por su Institución y sus gentes, escritos sus nombres en las conciencias y en la historia de cada pueblo.

Hoy, he llegado al final de mis reversos. El níveo color de mis cabellos anuncia serenidad y paz. Pasados cuarenta y seis años de mis primeras y temblorosas letras, mi mano rubrica firme este momento acariciado desde mi juventud. Ciertamente, como el himno exalta, "...por ti cultivan la tierra, la Patria goza de calma, por tu conducta en la guerra, brilla airoso tu Pendón. Instituto, gloria a ti, por tu honor quiero vivir...". Bien merecida seas por ser la última página escrita de este viejo diario, en ti descansan los sencillos fonemas como cántico a la vida, a la esperanza, con agradecimiento y respeto, donde mi oración entrañable y conmovedora declara impávida que la muerte no es el final. Toda en evocación de ellos y de todas las víctimas de la barbarie terrorista, junto con los más de ochenta mil hombres y mujeres que componen éste digno empleo que, con sus familias y de forma virtuosa, compartimos mucho más que un ideal: el honor y el orgullo de pertenecer a la Benemérita Guardia Civil.

---oOo---